

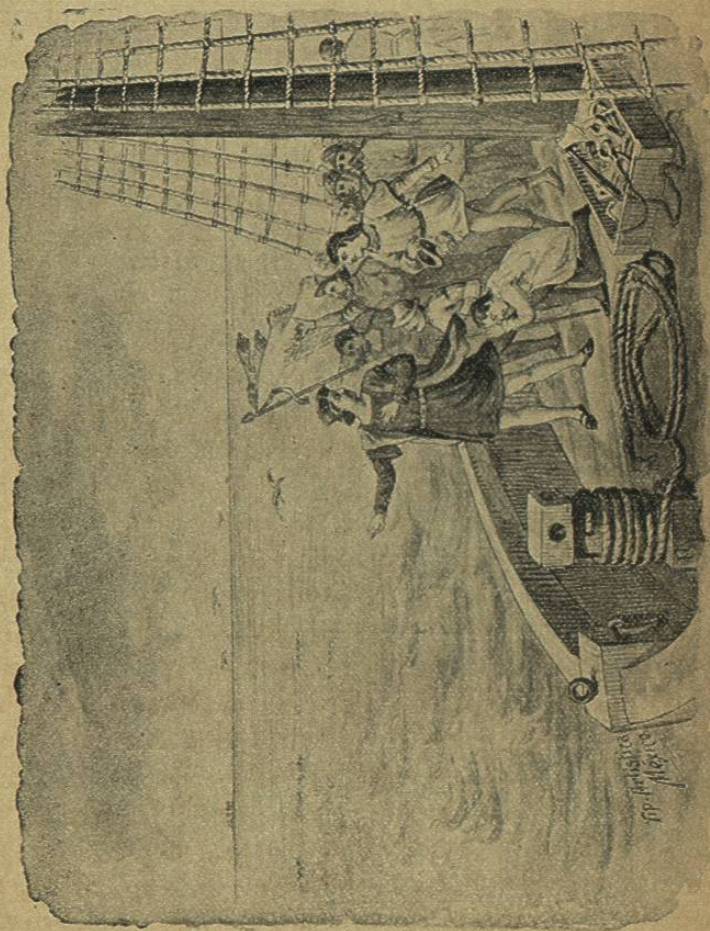
había de derramar con profusión espléndida sobre todas estas, antes ignoradas regiones.

Solo así puede explicarse la tenaz persistencia de Cristóbal Colón, en su idea tantas veces rechazada y por todos fuertemente combatida; su resolución intempestiva de visitar el célebre Convento de la Rábida, y su prodigiosa constancia y paciencia tanto tiempo en la Corte de Fernando, é Isabel; después, el generoso desprendimiento que para proteger la empresa del ilustre Genovés, con actitud noble y resuelta, hizo de sus riquísimas joyas la excelsa Reina de Castilla, como un rasgo de abnegación sublime, más, por celo religioso que por ambición mundana, inspirándose en la Virgen María á cuya imágen antes de tomar cualquiera resolución, recurría puesta devotamente de rodillas; luego, el viaje del intrépido piloto á larguísima distancia surcando el agua de los mares, afrontando tormentas y borrascas y expuesto á inminentes riesgos al dirigir dominando los abismos del Océano, las legendarias carabelas demasiado frágiles, y las tres, tripuladas apenas por un puñado de hombres desalmados, sin fé en Dios, y sin temor ni á los peligros ni á la muerte, y lo que es más, sin contar con elementos, ni científicos, ni materiales á proposito de la navegación emprendida, pues el único apoyo de sus esperanzas era, la vista fijada cuidadosamente en la proa, y su corazón confiadamente puesto en la Virgen María á quien desde un principio tenía encomendado el éxito de tan árdua empresa; por último llegar el atrevido Náutico á alcanzar el anhelado fin, que desde apenas

en pleno uso de su razón, había sido el objeto exclusivo de sus profundos estudios, meditaciones, consultas, y vigílias, cual era, encontrar la porción que á su juicio faltaba á la integridad de nuestro planeta, y que verificó en los momentos en que iba á perder la vida entre las iras y á manos de su tripulación insurrecta porque se creía engañada, descubriendo los purísimos horizontes del Nuevo Mundo, el que, al pisar el futuro Almirante las playas paradisíacas de Guanabani; (hoy S. Salvador) al dársele en posesión, le dió lo que tal vez ni el mismo descubridor se prometía. Una región de tierra vírgen de inconmensurable extensión provista de todos los elementos, climas, productos, y recursos indispensables á las exigencias del placer, ó á los apremios de la necesidad, henchida de auríferas riquezas y abundante planta: cercada en fin, por omnipotente mano de los más poderosos y atractivos encantos.

Este lauro de esplendente é imperecedera gloria justa recompensa á Colón por sus trabajos, afanes y sacrificios, no es solo para él, también lo es para la magnánima Reina que con rara munificencia, sin vacilar, arrojó todas sus riquezas á la balanza donde se pesaban los destinos de México.

No podían ser estos, más dichosos, que realizados el descubrimiento y la conquista de este hermoso Continente, por el catolicismo, personificado en Cristóbal Colón y en los Reyes de España, cuyo objeto de estos y de aquel, más elevado y principal, al llevar á cabo la empresa más grande, y maravillosa que se registra en el orden de las cosas huma-



nas, era, además de esparcir en estas ignotas y dilatadas regiones los gérmenes de la civilización, abrir en todas ellas, por mar y tierra, nuevos caminos al Evangelio y derramar hasta el último de sus confines las claridades del cristianismo, fundando en sus infinitos pueblos y comarcas el imperio de la Cruz para que tantos millones de criaturas racionales, hacía siglos en el olvido, tornándose de bárbaras en civilizadas vinieran á integrar la familia humana, y todas aquellas mismas, tanto tiempo perdidas entre las tinieblas de la idolatría, regenerándose con la esperanza suprema de una vida eterna, haciéndose partícipes de los bienes sobrenaturales traídos á la tierra por Jesucristo, salieran de los antros de la superstición á acrecer el número de los adoradores del único y verdadero Dios.

No podría explicarse de otra manera (teniendo siempre en cuenta la visible y constante protección de María á los Mexicanos) el incansable afán de Colón en sus frecuentes y respetuosas solicitudes demandando á los Reyes Católicos, en dinero y operarios Evangélicos, poderosos auxilios, estimulando la constancia de aquellos en llevar á su término la expedición á las Indias que con ser esta de grande importancia para Dios, sería el título indiscutible que para siempre, tendría su nombre á la inmortalidad, y al ampararla, aquella sería fecunda en gloria hasta para más allá del tiempo de su reinado, y de exorbitante lucro para la Religión Católica para la salvación de tantos millones de almas. Tampoco podría explicarse el persistente empeño de Colón

en ser él en tan arriesgada como dificultosa propaganda, el primero de aquellos operarios, como lo demostró en desahogo á los santos entusiasmos de su fé levantando luego el sagrado signo de la Redención, edificando Iglesias, organizando fiestas populares religiosas, y haciendo resonar con himnos de adoración en donde quiera que abordaba, los augustos nombres de la Virgen María y del Redentor.

Es esto muy significativo, de que la idea dominante en Colón al acometer una empresa tan grandiosa y levantada, que solo al contemplarla, el espíritu se pasma y maravilla; mas, que erigir á su persona un áureo y luciente pedestal donde recibiría en no lejano tiempo los homenajes de los siglos: mas, que enaltecer su nombre para que en todo el mundo, más tarde lo hiciera célebre la fama: más, granjearse veneras, títulos, ó escudos como premio merecido por sus proezas y hazañas, y más que acumular en torno suyo incalculables tesoros de riqueza, era penetrar en el occidente para disponer los caminos á los importadores de bienes positivos y verdaderos, á los evangelizadores de la paz; iluminando con la resplandeciente antorcha de la fé católica todos estos lejanos y desdichados países, por ninguno hasta entonces explorados, y á la vez dando á conocer en toda su vastísima extensión los prodigiosos é inestimables beneficios de la caridad cristiana.

Viene por último á confirmarnos; que tanto á la ejecución como al intento de su obra, fué impulsado Colón, muy principalmente por un sentimiento

religioso, la notabilísima circunstancia, de no dar aquél por cumplidos sus deseos, ni terminados sus esfuerzos, no obstante, realizado el descubrimiento, y á cargo del Ministerio de la Iglesia, de quien era propio procurar medios seguros y eficaces para hacer aceptable á los recién conquistados, el nombre cristiano, y lograr con dulces y poderosos estímulos, que dócilmente abrazaran una nueva religión que condenaba la suya, hondamente arraigada en sus corazones, lo mismo que sus creencias, ritos, prácticas y ceremonias tan sanguinarias y ridículas. Ante hechos tan palpitantes y de indiscutible verdad testificados por la historia y que deben atribuirse á milagro, porque lo es, todo lo que aparece superior al orden natural y excede á las fuerzas humanas, debemos inclinar la frente reconociendo una intervención divina en la obra estupenda del marino incomparable, honor de la Liguria. Esa intervención era á no dudarlo, la de la Virgen María cuyas inspiraciones dieron en la mente de Colón ser al pensamiento de la empresa, é infundieron en su espíritu fuerza y valor para acometerla con una constancia y fortaleza sin ejemplo, hasta llevarla con asombro de todo el mundo, á un término feliz.

A esa influencia celestial fué debido que (contra lo que era de esperarse) la doctrina de Jesucristo fuera acogida con natural benevolencia. La Iglesia que á raíz del descubrimiento empeña todos sus trabajos en la propagación de la fé, alcanza en breve un éxito satisfactorio. Misioneros de diversas órdenes religiosas venidos de la Metrópoli, fueron

los que trajeron á estos remotos países la luz de la religión y las dulzuras de la vida civilizada; los que enseñaron á los habitantes de estas poblaciones escondidas, á labrar la tierra de un modo perfecto y productivo, y los instruyeron en lo concerniente á los adelantos, respecto de las artes y oficios, de manera que á la vez que extirpaban la idolatría, introducían la civilización en los dominios de la barbarie. Sin más armas que un crucifijo y la unción de su palabra, no se amedrentan al encuentro casual con los salvajes que en numerosas tribus vivían errantes en medio de los desiertos; seguros en la promesa de que en tales casos, el cielo daría fortaleza á su espíritu y persuasión á sus labios, confiadamente se prometen dominar los salvajes y feroces instintos de estos pueblos y atraerlos dulcemente al Catolicismo.

En verdad: al influjo de su constante predicación acompañada con edificantes ejemplos, no fueron estériles sus trabajos, ni inútiles sus sacrificios; el perseverante afán y exquisito empeño con que aquellos sacerdotes apostólicos recorren las comarcas, penetran en las selvas, se presentan en las Pagodas y por doquiera se hacen visibles sin cansarse de predicar el Evangelio empleando para sacar provecho todo el fervor de su celo, todos los recursos de su sabiduría y los más poderosos artificios de su caridad, son superabundantemente recompensados con las pingües y múltiples cosechas de espirituales frutos que recogen llenos de consuelo y alegría.

No es posible presentar con rigurosos detalles

todos los arbitrios que emplea la Iglesia para dar mayor ensanche y con más actividad á la propagación de la fé; mas, basta recorrer 39 años en cuyo transcurso se nota el portentoso crecimiento á que habían llegado en punto á civilización, moralidad, influencia, fuerza y creencias religiosas todos estos desventurados pueblos acabados de salir de las tinieblas; de manera que al aparecer la bendita Madre de Dios sobre el Tepeyac á santificar con su planta nuestro patrio suelo, tomando posesión de la nueva heredad que había elegido; subyugada la América casi por completo, á la sola presencia de la maravillosa imagen Guadalupana, adueñada como por encanto de todos los corazones, y objeto de universal veneración, desde entonces bajo su amparo prometido y á impulsos de su amor se han venido desarrollando progresivamente todos los elementos de grandeza para nuestra patria hasta verse colocada á la altura en que hoy se encuentra.

La religión: que también por gracia de la Virgen María, es la Católica la que profesamos para cuya propagación al principio en nuestro país favoreció singularmente á sus primeros hombres apostólicos infundiéndoles su gracia, dándoles fortaleza é iluminándolos con su luz; batida á veces con diferentes armas, en lucha casi siempre con las pasiones, y en perpetua contienda si no con la ciencia, con el poder; no obstante de triunfo en triunfo, á marchas majestuosas y cargada de trofeos ha llegado pura y victoriosa hasta nosotros. Su apoyo indestructible ha sido la Virgen María de Guadalupe, quien velan-

do sin descanso por su estabilidad, la ha conservado en nuestra Nación con exquisito esmero, sacándola ilesa en todo tiempo, de entre las más deshechas borrascas suscitadas contra ella por las puertas del infierno.

Aunque á grandes rasgos queda patentizada la inmensa deuda de gratitud que nuestra Patria y la Religión tienen para con la Santísima Virgen de Guadalupe, lo mismo que los títulos indiscutibles de la sagrada imágen á nuestro amor, veneración, reconocimiento y respeto; no obstante, esta demostración toca al más alto grado de evidencia, y la confirma el predominio de Nuestra Patrona Soberana sobre los corazones: el ahinco con que es solicitada á toda hora su influencia poderosa, y el prestigio indefinible que tiene no sólo entre nosotros, sino donde quiera que llega el eco de su nombre y de su gloria.

¿Cuál será el mexicano que en su corazón no sienta agitarse los sentimientos de gratitud, con las dulces reminiscencias del intenso amor de nuestra madre hácia nosotros? ¿De qué pecho no se desbordarán afectos de entrañable ternura, á María, cuando teniendo, (por gracia) ilimitado poder sobre la vida y la muerte, sobre las enfermedades y la salud, sobre la prosperidad y la ruina; al volver hacia ella nuestros ojos, siempre la encontramos en actitud suplicante para que atendido su continuo y amoroso ruego, libres sus hijos de todo género de males los colme el cielo de perdurables bienes? ¡Oh! Adhesión tan firme y devoción tan fervorosa

á María Santísima de Guadalupe, son debidas no sólo á la bondad suma con que nos ha distinguido atrayéndose nuestra admiración, captándose nuestro respeto, y conciliándose todo nuestro amor, sino á que nuestra confianza puesta en ella, jamás ha sido vana, y nuestras esperanzas colocadas en su intersección nunca se han visto defraudadas. Esta experiencia ha hecho á los mexicanos vincular sus sentimientos religiosos y patrióticos en la Santísima Virgen de Guadalupe, llevados por los entusiasmos de su fé, hasta el extremo de cifrar, después de Dios, toda su felicidad en poseer su sagrada imágen; toda su esperanza en invocar su nombre, y toda su gloria en tenerla por Madre.

Con razón, profundamente conmovida la Nación entera se estremeció de doloroso sentimiento por la circulación del solemne «Mentís» al portento maravilloso del Tepeyac, lanzado al público por la prensa periódica, hace seis meses en algunos diarios.

No podía menos de suceder así. En esa controversia extemporáneamente suscitada y sin causa (á mi juicio) que la pueda justificar, el punto objetivo, es la Sagrada Imagen de la Virgen de Guadalupe; pues esa imágen, en la apreciación de todos los mexicanos, es por muy fundados motivos una de aquellas obras, tan sagradas, tan llenas de sentimiento, significación y Misterio, que tocarlas sería una profanación y un sacrilegio hacer de ellas un análisis minucioso, con la intención de encontrarles algun defecto; esa imágen es para los hijos de México el objeto más caro y la amamos tanto,

que el pensamiento siquiera de un ultraje á ella, lo tendríamos por la ofensa más grande que hacérselle pudiera.

Siendo esto cierto como lo es, y aun palpable, sin gran esfuerzo puede concebirse la honda impresión que en todas las clases de la sociedad y entre todas las opiniones había causado la impugnación intempestiva, á la Aparición Guadalupana; la noticia de aquella, que preocupaba todos los ánimos, oprimía de angustia á todos los espíritus, y era el tema de todas las conversaciones, en lo general, fué recibida con tal desagrado, que al punto se hizo manifiesto por espontáneos movimientos de pesar, y violentas explosiones de indignación.

El empeño, empero, de los que despojando á la Sagrada Imágen de Guadalupe de su especial y más preciosa prerrogativa cual es su Divino Origen; soñaron derribar de un soplo el suntuoso pedestal de gloria levantado para ella por la mano poderosa de los siglos; les dió en su resultado un efecto contraproducente, porque sus afanosos trabajos á fin de llenar sus deseos (á pesar de la autorizada carta atribuida al sabio historiador eminente católico Icazbalceta, carta terminante, irrefragable, contundente,) esos trabajos han venido á añadir un nuevo triunfo á los ya alcanzados por nuestra Patrona excelsa, á imprimir un impulso poderoso á su culto, á dar mayor fuerza y ensanche á su prestigio, á despertar más vivos los sentimientos de fé, de amor, y gratitud aun en el corazón de los más tibios, y nada de cuanto se ha

dicho en contra del milagro, ha logrado, ni disminuir el respeto conque siempre se le ha visto, ni amenguar la confianza que en todo tiempo se ha tenido en su poder y valimiento, pues ni siquiera la sombra de la duda ha venido á alterar la fé y anublar las esperanzas de los católicos, quienes en numerosas multitudes, se ha visto y acaso, ahora después, más fervientes que nunca, precipitarse hacia el Misterioso Santuario, en muchas y extraordinarias peregrinaciones.

Pues tan extraña correspondencia á María Santísima de Guadalupe por parte de algunos de sus hijos, con criminal olvido de cuantos bienes á ella la debemos, y con el más alto menosprecio de los títulos que tiene á nuestra gratitud, reviste en el presente caso, tan repugnantes formas, que hacen monstruosísima la ofensa inferida á nuestra amorosa Madre. Frescas están todavía en las columnas periodísticas de algunos diarios de la capital, las frases impías, injuriosas, y burlescas que con aparente motivo de una discusión, se han arrojado con desacato inaudito, al rostro de nuestra adorada Madre la mística Vírgen Guadalupana. Allí están también (que ojalá y pudieran borrarse, porque son venenosas influencias que determinarán más tarde consecuencias desastrosas cual las burlescas bufonadas del siglo XVIII, que comenzaron riendo, y acabaron llorando.) Están también los denuestos, sarcasmos é improprios de los que, á caza de ocasión cualquiera, para rebajar la dignidad Eclesiástica, denigrándola, y desacreditar el catolicismo,

zaheriéndolo cruelmente, á pretexto de la célebre impugnación al milagro Guadalupano, preparándose con manifestaciones agresivas y apreciaciones virulentas, haciendo á un lado el miramiento y altísimo respeto que por su elevada jerarquía, virtudes y saber, se debe al Episcopado Mexicano, en tono chocarrero y despreciativo, rebosando encono, lo han ultrajado tocando hasta el ridículo, en términos tan insisivos y amargos que luego se revela el odio con que fueron vertidos.

Todo lo que hasta aquí llevo expuesto con demasiada sencillez, aunque con prolijos y severos detalles, protesto que no ha sido con el fin de hacer perder á alguno, la estimación pública ni mucho menos de concitarle á nadie la animadversión popular, por más que desgraciadamente en la contienda á que me refiero, nos encontremos colocados en diversas posiciones.

Bien comprendo que el espectáculo lamentable que conmoviendo hace algunos meses á México, el que, si bien algunas ocasiones había advertido ciertos amagos poco religiosos, ó notado algunos conatos en nada conformes con la pureza de la fé, jamás había visto ni oído que se tocara con el más pequeño agravio ó desdén, á la Santísima Virgen de Guadalupe que compendia todos sus misticismos y después de Dios, es el más augusto é interesante objeto de su fé y de su Cristiana piedad; bien comprendo, repito, que esto ha sido efecto de que la sociedad cada día está más enferma, en razón de que á medida que vigorosamente se des-

arrolla el entendimiento humano por causas inevitables que son bien conocidas, se debilita su energía y hay innegable desequilibrio entre sus fuerzas reflexivas y sus fuerzas morales; y de esto dimana que cuanto mayor es el vuelo que en nuestra época ha tomado la razón, y se palpa, por la osadía de sus concepciones, y profundidad de sus juicios, se hace más grave la Anemia moral y el desfallecimiento egoísta á que han llegado los caracteres y las conciencias, entrando en la postración de todo, la fé Religiosa y la fé Política.

En el presente Opúsculo que revela el propósito que he tenido al formarlo, quise mostrar muy al vivo, los acontecimientos, porque mi amor á la Virgen de Guadalupe es grande, sobre toda ponderación, y aspirando al logro de que todos los corazones mexicanos, unidos por tierna y filial devoción, se desborden en sentimientos sinceros de amor y gratitud confundiéndonos todos á este respecto, en un solo sentimiento católico; ha sido mi único deseo llevar á los ánimos la convicción íntima de esta verdad que juzgo irrefragable. La cuestión promovida acerca de la Aparición milagrosa de la Santísima Virgen María sobre el Tepeyac, ha sido una grave ofensa á la Sagrada Imágen de Guadalupe, ofensa que ha herido en lo más sensible el corazón de los Mexicanos y lastimado profundamente al Catolicismo.

Ahora bien: como indiqué al principio, á raíz de los acontecimientos mencionados, creí era la ocasión de realizar mi propósito, que desde hacía tres

años se me venía frustrando. De manera que el solemne testimonio á la Virgen de Guadalupe, de la creencia en su Aparición y del amor que la tenemos, es hoy también un acto de justa reparación por la ofensa que ha recibido. ¡Coincidencia notable! España, nuestra buena madre, de quien en rica herencia tuvimos el Catolicismo, acaba de darnos el mejor ejemplo á este respecto. Hacía más de un año que se emprendían grandes trabajos á fin de restablecer en todo su antiguo esplendor el culto á la Santísima Virgen del mismo nombre que la nuestra, el cual había entibiándose de tal manera, que en la Sierra de las "Villuercas" ingratamente olvidada por la Nación entera, yacía aquella sagrada Imágen de María, á cuyo altar, en tiempos más felices, llevaban llenos de fé nuestros padres su votos y ofrendas, y á quien España en sus siglos de oro debió el éxito y el brillo de todos sus hechos históricos, los más grandiosos y notables. (1)

A un llamamiento general por la prensa, la Nación toda obedece, siendo la Augusta Reina con su Corte la primera en acudir á subsanar en lo posible tan incalificable desden á su Virgen veneranda. Con tan noble fin y con inusitado esplendor, se realizan al punto ¡oh! ¡qué misteriosa coincidencia! precisamente en los mismos días que entre nosotros con escarnecimiento de la piedad mexicana,

(1) El periódico *El Tiempo*, del 16 de Septiembre y 25 de Octubre del año pasado, reprodujo lo que acerca de este notable acontecimiento en España dijeron *La Epoca* de Madrid y otros periódicos.

se debatía el milagro de la Aparición de María sobre el Tepeyac; se realizaban, repito, en España suntuosas fiestas religiosas; se organizaban solemnes, devotas y respetables procesiones públicas, y se formulaban en todo el Reino innumerables protestas de amor y gratitud en honor y culto á María; por todas partes.....¡oh! nada se omite en loor eterno á la Santa Madre de Dios, como una reparación del agravio reconocido, hecho á la Sagrada Imágen de Extremadura por todos sus hijos, á causa del culpable desvío, indiferencia y olvido respecto á su culto y veneración.

En verdad, no es comparable la causa que acaba de darnos en espectáculo, santamente grandioso, las extraordinarias manifestaciones religiosas de la Nación española en que ha demostrado la grande intensidad de su amor á María animado nuevamente, como se ve por sus oraciones y fervorosas plegarias enviándolas al Cielo, y el mayor empeño en buscar todos los medios, no sólo de reparar la omisión [que ha sido su falta] en el Culto de su Sagrada Imágen, sino de patentizarle su cariño y devoción: no es comparable aquella causa con el motivo que actualmente nos obliga á intentar también de nuestra parte una reparación del positivo é imponderable agravio hecho á la Virgen nuestra Madre Santa María de Guadalupe. El ultraje que con ocasión de la consabida controversia se le ha inferido, ha sido grande; pero su misma magnitud nos proporciona la oportunidad de qué en defensa de nuestra Santísima Madre y Soberana Patrona, y* para

desagraviarla, se despierten todos los afectos de nuestro corazón y se pongan en juego nuestros más nobles y religiosos sentimientos.

Muy bien merecidos son los lauros que se han conquistado por sus respectivas y brillantes defensas, el sabio Dr. D. Agustín de la Rosa y el muy digno é ilustrado sacerdote D. Gabino Chávez. A los vigorosos é irrefutables argumentos, juiciosos é irreprochables observaciones que con suma erudición y habilidad campean en ambos luminosos escritos, solo me permito añadir modestamente (informado por documentos auténticos y verídicos, pero que por desgracia, circunstancias excepcionales han hecho casi imposible averiguar su parade-ro) solo me permito añadir con respecto á la aparición: que la misma carta considerada como su arsenal por los impugnadores de aquella, es la fuente de las más sólidas razones para sostener contra los más rudos ataques, la realidad del milagro: que no nos preocupe desfavorablemente el justo renombre del Sr. Icazbalceta, quien incurriendo en un error grave, pretendió someter á su propio criterio el milagro Guadalupano; no es extraño: la razón humana, horrible coloso de soberbia, quiere hoy traer á discusión aun los dogmas venerandos, aun los Altísimos Misterios de nuestra Religión, y levantada en toda su altivez, con osadía inaudita, llama al juicio de sus propias luces hasta las eternas y maravillosas obras del Señor: que no nos alarme haber oído en el calor de la contienda, hablar de Documentos en contra: de testigos dignos

de tacha: de supresión de textos: de testigos perjuros: de informaciones sin valor ni fuerza: y de vehementes dudas suscitadas en la antigüedad; siempre ha habido malas pasiones, y estas hacen que el soborno ampare la mala fé, y que el papel y la pluma sean cómplices en hurdir una trama, en levantar una calumnia, en destruir lo que es absolutamente cierto, y en dar apariencia de ser en la realidad verdadero, lo que positivamente es una falsedad: que los esfuerzos hechos consultando las Artes, y valiéndose de otros fútiles pretextos buscados en la tradición, en la historia y en la ciencia, con intento de nulificar el portento del Tepeyac, se estrellan contra la sanción de más de tres siglos que lo han reconocido; de más de tres generaciones que lo han creído, y de los innumerables pueblos no solo de América, sino de allende los mares que lo han glorificado con perpetua y religiosa veneración. Además, quiero también, que sinceramente deploremos el ahinco y empeño en concitar la inamadvertión y el odio de la sociedad contra aquellos á quienes el Espíritu Santo puso como Obispos para regir la Iglesia de Dios, y hecho aquello por los mismos que tienen la misión de rectificar por la prensa, las ideas de los Pueblos, para hacerles mejorar su condición.

Por último, que amemos á la Santísima Madre de Dios, bajo su advocación de Santa María de Guadalupe, con toda la ternura de nuestro corazón: con toda la efusión de nuestra alma, y que nuestra creencia piadosa en su Aparición sobre el Tepe-

yac, sea firme, ó inquebrantable hasta la muerte.

A eso se refiere este llamamiento general hecho á la Nación Mexicana, con el fin de que suscriba esta solemne Protesta; y estoy seguro de que aquella, toda, acudirá contenta y presurosa, al tener la ocasión más propicia de manifestar á María su amor, su creencia y gratitud de la manera más solemne, más expresiva, mas cuando individualmente cada cual dará de su protesta público testimonio, portando sobre su pecho la simbólica medalla donde aquella quedará grabada para siempre. Así, nuestra manifestación reparatoria será cual deseo, y casi tangible, significando nuestro amor y gratitud á María Santísima de Guadalupe, lo mismo que nuestra piadosa creencia en su prodigiosa Aparición, cuyos cuantiosos bienes traídos por ella á nosotros, incesantemente recordaremos dirigiéndole á su Celeste Trono la siguiente humilde

PLEGARIA

Con una fe sobrehumana,
De Guadalupe ¡Oh! María!
Creo que tú eres Madre mía,
Madre de la raza indiana,
Para así manifestarte,
Te valiste de un portento,
Y en Tepeyac designaste
Para cuidarnos, tu asiento.
Eres la Madre de Dios;
Que con amor especial,
A México, sin igual
Su protección dispensó.
Tu promesa, de amparar,
Constantemente á tus hijos,

Con cuidados muy prolijos,
Has cumplido sin cesar.
Del agua, el viento y el fuego,
Tu poder el furor calma,
Cuando afligida nuestra alma
A tus oídos lleva el ruego.
Si peste devastadora,
Invade las poblaciones,
Al oír nuestras oraciones
Tú la conjuras en la hora.
Por tu plegaria eficaz,
La guerra nos ha dejado,
Y en cambio hemos disfrutado
Una Era larga de paz.

Si algún pesar nos apena
Y á Ti ocurrimos de hinojos,
A nos, diriges tus ojos
De misericordia llena.

Si en tu presencia lloramos,
Nuestras lágrimas recoges,
Y nuestra plegaria acoges
Luego que á Ti nos quejamos.

Si á tantos grandes males,
De atender no hallamos medio,
Solo encontramos remedio,
Implorando tus bondades

En fin: no hay solicitud
Que no acojas con piedad:
A toda necesidad
Acudes con prontitud.

Bienes de tanta valía,
Con tu presencia trajiste,
A la Nación, que quisiste
Amparar, clemente y pía.

Es ahora un deber sagrado
Nuestra creencia asegurar,
Gratitud y amor jurarte,
Para atraernos tu agrado.

¡Hija hermosa del Eterno!
De tu Efigie la Medalla,
Sirva á mi alma de muralla
Contra el poder del infierno.

De que te amo, y no dudo,
De tu origen Celestial:
Lo protesto en este Escudo
Que al sepulcro he de llevar.

Al nunca apartar de mí
Este Escudo Soberano,
Por tu poderosa mano
Bienes he de conseguir;

Mas esos bienes, yo quiero,
Sean, por los que en realidad
Tenga segura en el Cielo
Mi eterna felicidad

